

Daniel Ruiz García

LA GRAN OLA

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

LA GRAN OLA



colección andanzas

1.ª edición: noviembre de 2016

© Daniel Ruiz García, 2016

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-332-5
Depósito legal: B. 20.327-2016
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Esperaba el golpe. Lo había visto venir desde hacía semanas, como un guante gigante de boxeo avanzando por el horizonte al inexorable encuentro de su mejilla.

—Bien, bueno, Márquez...

Lo esperaba y había intentado hacerse a la idea del daño. Pero uno nunca se hace del todo a la idea, siempre hay cierta proporción de sorpresa.

—La verdad, sin paliativos, es que el balance de tu unidad es horroroso.

Allí lo tiene, saliendo a la superficie, supurante, sibilino, el veneno.

—Ya lo hablamos en julio. El primer semestre acabamos un veinte por ciento por debajo de los objetivos —al otro lado de la mesa, Julián Márquez no distingue ojos, facciones: sólo ve los labios de Cuervas moviéndose, modelando palabras. Es como la tierra granulosa y movediza cuando está a punto de escupir lava, lo ha visto muchas veces en los documentales de la tele. La lava son sus palabras—. Me consta que los objetivos anuales eran exigentes —y ahora sí, Julián remonta la mirada: son ojos de anfibio, rapaces, mordientes—. Pero venimos de tres años en los que apenas si hemos crecido. Y todas las demás divisiones, con la salvedad de la nueva línea de Cocinas, que, como es lógico,

está arrancando, han alcanzado los objetivos. O al menos se han acercado más. Pero esto, Márquez. Esto...

Cuervas blande ante él la imagen de un gráfico encarcelado en la tablet. El gráfico, de barras, muestra seis bloques verticales, cruzados en la zona alta por una línea roja. Junto a la línea roja se lee «Objetivo anual», y casi todas las barras, pertenecientes a las distintas unidades comerciales, la rebasan. Casi todas, a excepción de la que pone «Cocinas» y la suya, «Cadenas Locales». Su barra es de color gris, y ahora que la ve allí, tan débil, tan pequeña y enclenque, junto a todas esas compañeras tan flamantes e hipermusculadas, siente compasión por ella. Inevitablemente, se acuerda del pequeño Rubén.

—Lo sé. Lo asumo —se escucha hablar. Oye su voz, y parece como si no le perteneciera. Él sigue allí dentro, chapatoteando en el interior de la tablet, abrazado a su exangüe barra gris—. Como conoces bien, el comportamiento de Locales es muy distinto al de Doméstica. Y no haber cerrado la renovación con HiperMeca nos ha hecho mucho daño. Pero los márgenes no los puedo poner yo, y eso limita mucho el alcance de mis negociaciones. Aunque ya sé que todo eso suena a excusas. No puedo decir mucho más.

—Bueno, va. —Cuervas abandona la tablet sobre la mesa y se echa hacia atrás en la silla. Por un instante mira por la ventana. Julián juraría que se ríe, en cierto modo está disfrutando del momento—. Pero, sea como sea, en dos semanas tenemos la Convención Anual. Y, en unos días, reunión del Consejo de Dirección. Tú verás como enfocas el informe. Prepárate, porque ya conoces lo que puedes esperar. Y, sobre todo, toma medidas internas. Debes mover tus fichas. Si hay sacrificios, el Consejo será más condescendiente.

Cuervas lo acompaña a la puerta del despacho. Le da

unas palmaditas en el hombro mientras le choca la mano. Es una mano blanda, circunstancial.

—Pero no te me vengas abajo, Márquez —le susurra, cuando la puerta ya está abierta y los ruidos del trajín de la planta invaden el despacho—. Eres un importante activo en la compañía, ya lo sabes.

El camino hacia su departamento es como el corredor de la muerte, como el paseo del reo hacia el centro de la plaza en la que el acero del verdugo espera el siguiente cuello. No parece ver a Nuria, de Financiero, cuando lo saluda con su alegre y normalmente seductora sonrisa, ni a Esteban, uno de los históricos, que ingresó en la empresa el mismo día que lo hizo él, y a quien le une una camaradería que ya no parece de estos tiempos. A ver si tomamos hoy una rápida en el Picari's, propone, pero él asiente como si saludara a alguien a través de la ventanilla cerrada de un coche. Cuando entra en su departamento, sus empleados lo ven venir, y enseguida se percatan de que la reunión con el director comercial no ha ido bien. Es esa forma de arrastrar los pies, son esos hombros hundidos, es esa mirada de tono mate, es ese portazo con el que certifica la clausura en su despacho, convertido por unas horas en purgatorio.

Pero todavía la mañana puede ir a peor. Porque mientras inicia el proceso de inmersión en su espeso charco de ensimismamiento pesimista, mientras prepara el cuerpo para la expiación y el suplicio, su teléfono móvil cimbrea sobre la mesa.

—Julián —la voz de su mujer suena demasiado aguda, precipitada. La voz de su mujer es como un envoltorio antipático y odioso que le trae el último regalo de la mañana—. Han llamado del cole. Rubén.

A través del espejo retrovisor del coche, los ojos de Rubén, sentado en el asiento de atrás, son dos aceitunas flotando en salmuera. Aunque mantiene la cabeza agachada, de vez en cuando desvía la vista hacia la ventanilla, y entonces Julián puede distinguir esa inconfundible mirada de cachorro dolorido que se le dibuja en la cara desde que casi era un bebé.

—No les echés cuenta. Tú, a lo tuyo.

El trasiego de coches se espesa en la avenida: suenan cláxones, se mientan madres, alguien saca un dedo por la ventanilla. A la hora del almuerzo, la ciudad entera embrutece.

Por intentar relajar el ambiente, Julián enciende la radio. Enseguida el boletín informativo de las dos atiborra el interior del auto de palabras asépticas, ajenas.

Esperando a que un estúpido motorista acabe de hablar con el vehículo que permanece detenido a su lado, para poder seguir avanzando, para dejar de escuchar los pitidos del becerro que tiene detrás y que le exige que prosiga, mientras observa la luz verde del semáforo y el resto de los vehículos lo rebasan a izquierda y derecha, Julián recuerda a Ofelia, la profesora de Rubén. No tanto a Ofelia, sino sus dientes inferiores, la piorrea incipiente que le rebaja la

carne de la encía, convirtiendo su dentadura en listones de persiana viejos y amarillentos.

—Vamos, puedo asegurarle que al menos en mi presencia no le han tocado un pelo —aquellos dientes, sí, parecían de esqueleto, de animal muerto—. Pero ha tenido una especie de ataque, ha empezado a tirarlo todo por el suelo, a pegar patadas a la puerta. Después se ha metido en el baño, y sólo ha abierto con la promesa de que les llamaríamos.

Y a continuación, el resto de la mierda: que era la segunda vez en pocos meses que esto ocurría, que quizá fuera conveniente consultar con un especialista, que el psicólogo del centro está dispuesto a evaluar y realizar el preceptivo informe. Que todavía es pequeño y la tipología de las psicopatologías muy diversa, pero que es probable que precise tratamiento.

—Son los niños —había contestado él—. Me dice que hay algunos niños que no lo dejan en paz. Que se burlan de él.

Pobre Rubén. Tan indefenso, desde la propia cuna, su cuerpo esmirriado, como si no se hubiera cocinado del todo. Su tardanza al andar, su dificultad para hablar, su tendencia al juego solitario, su ensimismamiento de perro aislado de la camada. La vida te enseña a forjarte una piel de hormigón, pero están los resquicios, las partes blandas: recovecos en los que resulta sencillo hundir los dedos y hacer daño. Eso es Rubén para él.

Cuando aparca junto a la casa, Rubén abre la cancela y entra corriendo. Marisa está fuera, con el delantal puesto. Lo más que consigue del niño es que ceda su coronilla para un rápido beso, antes de que Rubén corra escopetado hacia su habitación.

—¿Qué ha pasado? —Marisa utiliza la mano derecha

como visera para evitar la invasión del sol. Su cuerpo desgarrado en medio del patio se le antoja a Julián un madero, un fragmento de cubierta de barco podrida, inútil.

—Nada —no sabe si entrar o no. Tiene que resolver tanto todavía en la oficina. Debe convocar a todos sus comerciales, reconducir cuanto antes la situación, tomar las medidas correctoras que el director comercial, es obvio, le está exigiendo. No sabe si entrar o no, pero de hecho ya está adentro, anegado por la enfermiza oscuridad del salón, ese mausoleo, esa zona muerta en la que la vida parece un simulacro.

En la cocina, junto a la hornilla, Marisa retoma la preparación del guiso. El olor de los garbanzos, en cierto modo, lo reconforta, lo retrotrae a otro tiempo, pero la figura flaca y consumida de su mujer se empecina en afejar esa sensación.

—Qué tal tú —pregunta, mientras da un buche a un botellín. Instantáneamente, el buche le hace llorar.

—Bien, parece. Un poco mejor. Menos dolores. Pero cansancio.

Sí, parece cansada. Y no son sólo sus ojos. Todo su cuerpo expele cansancio. Es un cansancio contagioso, capaz de irradiar, capaz de convertir toda la casa en un maldito cementerio.

Arriba, en la habitación de Rubén, suena el inconfundible ruido de la Nintendo DS. El niño está a punto de iniciar una nueva carrera en el Mario Kart.

—Creo que me marchó —remata la cerveza en dos buches—. Tengo lío allí. Volveré tarde.

Antes de regresar a la calle, el beso circunstancial: un beso breve, apenas un roce de labios, que ninguno de los dos hace ningún esfuerzo por enfatizar o disfrazar de cariño.

Pero sigue estando allí ese olor, piensa. Mientras camina con las llaves hacia el coche, mientras huye hacia el exterior como quien escapa de las llamas, vuelve a percibirlo con repulsiva intensidad. El olor a comida de hospital sigue instalado en el cuerpo de su mujer.